



Las gafas de John Lennon

Eloy Miguel Cebrián Burgos

Mi padre no se jubiló. Más bien lo jubilaron.

Era un hombre mayor enseñando a niños pequeños. Perdía la paciencia. Gritaba. Se desesperaba. Los padres de los niños acudían al colegio a protestar. Cuando todavía le faltaban dos años para la edad legal de jubilación, el inspector del colegio determinó que lo sacaran de su clase y le dieran una serie de obligaciones indeterminadas en una biblioteca que siempre estaba vacía. Eso lo supimos después, porque él nunca lo confesó. Pero aquella humillación de apartarlo de su trabajo lo hizo envejecer a ojos vista. Finalmente, alcanzó la edad de jubilación y sus compañeros le organizaron una comida de homenaje a la que lo acompañamos mi madre y yo. A él le regalaron un reloj y a mi madre un ramo de flores. El ambiente era poco festivo, casi fúnebre. Mi padre leyó unas palabras con la voz entrecortada y así acabó una carrera de maestro de casi cuarenta años.

Al año siguiente murió mi madre.

Yo no acababa de ver a mi padre viviendo solo. Pero ¿qué podía hacer? Mi mujer no quería ni oír hablar de traerlo a vivir con nosotros. Tampoco creo que él hubiera aceptado semejante arreglo. Era un hombre relativamente joven. Sin embargo, me constaba que no sabía ni freírse un huevo. ¿Qué digo? Freír un huevo tiene su técnica. Por no saber, mi padre no sabía ni cómo se usaba una escoba. Hablé con él largo y tendido. Me aseguró que no tenía que preocuparme, que se las iba a arreglar bien. Yo no me fiaba e insistí hasta que aceptó que una señora fuera a su casa un par de veces por semana para hacerle la limpieza y la colada. En cuanto a las comidas, le sugerí que

viniera a comer a mi casa, aunque reconozco que se lo dije con la boca pequeña. La verdad es que él y mi mujer nunca habían congeniado, y me alivió el hecho de que rehusara con el pretexto de que era una complicación innecesaria para nosotros y para él. Muy cerca de su casa había un restaurante donde servían un menú diario variado y económico. Mi madre y él comían allí a menudo cuando ella empezó a encontrarse cansada. Seguiría haciéndolo. O contrataría un servicio de comida a domicilio. Las comidas no eran un problema.

El problema era que estaba solo.

Mi padre nunca fue un hombre sociable. Lo más parecido a un amigo que tenía era un antiguo compañero con el que iba al fútbol cuando el equipo local jugaba en casa, pero al que nunca veía si no era día de partido. Era socio del Ateneo, pero solo porque le quedaba cerca y le gustaba ir a tomarse un café y a leer tranquilamente el periódico. Fuera de eso, jamás jugaba a las cartas o al dominó con los otros socios, ni asistía a los actos y conferencias que se organizaban. Prefería con diferencia quedarse en casa para ver la televisión o leer un libro. O para hacer las dos cosas a la vez. Con la presencia casi constante y bulliciosa de mi madre tenía toda la compañía que quería y que necesitaba. Ahora que mi madre no estaba, solo le quedaba el perro.

Ringo había sido un capricho de mi madre, quien lo había bautizado así por el batería de los Beatles, a los que mis padres siempre habían venerado. Era un perro pequeño, un bichón maltés que mi padre había aceptado a regañadientes, aunque más tarde se convertiría en su compañero del alma. Cuando mi padre volvía de darles clase a sus alumnos de siete u ocho años, derrotado como solo un maestro puede llegar a estarlo, Ringo trepaba al sofá y se acurrucaba a su lado. Mi padre podía pasarse horas acariciándolo y manteniendo con él largos coloquios en un lenguaje infantil que solo

ellos compartían. Al final, el animal solamente reconocía a mi padre como dueño y no admitía más carantoñas y mimos que los suyos. Lejos de ponerla celosa, esto a mi madre le hacía mucha gracia. A modo de broma lo llamaba «tu hijo adoptivo». Pero yo siempre sospeché que en realidad para mi padre Ringo era mucho más un hijo que una mascota, y llegué a preguntarle quién estaba primero en sus afectos, si el animal o yo, su auténtico y único hijo biológico.

Cuando mi madre murió, Ringo había cumplido diez años, aunque se le veía en plena forma. Sin embargo, su deterioro comenzó enseguida. Es normal que un perro empiece a dar síntomas de vejez a esa edad, pero siempre pensé que el declive del animal tenía más que ver con la postración de su dueño que con el paso del tiempo. El perro pasaba el día entero tirado en el sofá, bostezando y dedicándole a mi padre miradas tristísimas mientras absorbía la soledad y la melancolía del amo. Esto lo supe por la señora que iba a limpiar, que actuaba para mí como una especie de quintacolumnista contándome todos los pormenores de lo que se cocía en el hogar de mi infancia. Cuando yo iba de visita, en cambio, mi padre trataba de mostrarse animado y me aseguraba que todo iba bien, que le gustaba la vida apacible que llevaba y que no había necesidad de preocuparse.

Pero yo me preocupaba. Me moría de preocupación y remordimiento porque sabía que mi padre se hundía en la ciénaga de la tristeza y no veía el modo de hacerlo salir a la superficie. Y aun así él se obstinaba en que se encontraba perfectamente y me pedía que me ocupara de mis asuntos. Llegué a pensar que podía tratarse de una obsesión mía y se me ocurrió observarlo cuando él no lo supiera. En otras palabras, espiarlo.

Él tenía la costumbre de pasear a Ringo dos veces al día, por las mañanas y antes de cenar. Me pareció que me resultaría más fácil esconderme de su vista de noche, de

modo que me aposté en un lugar discreto desde donde podía ver la puerta de su casa y me dispuse a esperar. No tuve que aguardar ni cinco minutos para que mi padre apareciera con su perro. Me impresionó su aspecto desastrado, precisamente él, que jamás había ido a trabajar sin su chaqueta y su corbata. Llevaba puesto un batín viejo bajo el que asomaban las perneras del pijama y un par de zapatillas de estar por casa. Su pelo estaba revuelto, como el de un orate y, por lo que distinguí a la luz de las farolas, no se había afeitado desde hacía varios días, seguramente desde la última vez que fui a visitarlo. Mi padre parecía un indigente o un enfermo psiquiátrico, y caminaba encorvado, con los hombros caídos, sin balancear apenas los brazos y arrastrando los pies. Ringo renqueaba un par de metros por detrás sin necesidad de collar ni correa, y reproducía a la perfección la actitud derrotada de su amo: el hocico pegado al suelo, el rabo caído y el aire de ser un perro enfermo y desdichado. Durante diez minutos ambos recorrieron la plaza peatonal a cámara lenta, tan abatidos y silenciosos como dos almas en pena. Finalmente, desaparecieron a través de la misma puerta por la que habían surgido. Y yo regresé a mi casa sintiéndome más preocupado que nunca, amén de culpable.

A partir del día siguiente dio comienzo mi campaña para intentar elevar la moral paterna. Le aconsejé que consultara con su médico. «Consultar, ¿qué? Me encuentro perfectamente.» «Bueno, te noto tristón desde que falta mamá. Igual con alguna pastillita te mejoraría el ánimo.» A lo que respondió mandándome a hacer gárgaras con una convicción que no observaba en él desde hacía tiempo. Y aún se lo tomó peor cuando le recomendé que viera a un terapeuta y me brindé a hacer indagaciones para localizar a un buen profesional. La idea de que se apuntara a alguna actividad de la Universidad Popular, quizás a un taller de escritura creativa, fue recibida con un hosco

silencio. Finalmente, al ver que mis esfuerzos iban cayendo en saco roto, se me ocurrió la estupidez de aconsejarle que se creara un perfil en una red social para conocer gente y hacer nuevas amistades. Me respondió con un exabrupto no muy agradable que culminó con una palabrota que yo jamás le había oído pronunciar. Para colmo de males, esto ocurrió un sábado en que habíamos quedado a comer. Mi mujer estaba presente y puso más tarde su granito de arena asegurándome que mi padre estaba perdiendo la cabeza, y que lo mejor que se podía hacer era vender su piso e ingresarlo en un geriátrico. Cuando le recordé que apenas tenía setenta años, me dijo que mucha gente a esa edad ya empezaba a sufrir síntomas de demencia. Le respondí del modo que se merecía y esa noche dormí en el sofá.

Al día siguiente era domingo y mi mujer salió temprano (supongo que para visitar a su odiosa hermana) y sin despedirse. A eso de las once no pude soportar más el torbellino que giraba dentro de mi cabeza, así que me enfundé el chándal de los domingos y fiestas de guardar y salí con la intención de hacer un poco de ejercicio. Troté durante diez minutos sin que la angustia y el enfado remitieran, y mi breve carrera acertó a conducirme hasta la plaza en la que vivía mi padre. No me pareció oportuno llamar a su puerta, pero pensé que con suerte lo vería cuando bajara a pasear a Ringo. Entonces podría hacerme el contradizo y charlar un rato con él para limar las asperezas del día anterior. Para hacer tiempo, me entretuve ojeando los puestos de un mercadillo de trastos usados que se instalaba en la plaza cada domingo.

Había libros de segunda mano, viejos aparatos de radio, muebles del año catapún, máquinas de coser... de todo un poco. Curiosamente, en uno de los puestos se vendían gafas usadas. Y no solamente gafas de sol, sino también gafas graduadas que en su

momento debieron de pertenecer a alguien. ¿Quién sabe cómo habían llegado hasta aquel puesto? Me pareció curioso y decidí detenerme durante un rato.

-¿Te ayudo?

La técnica de ventas del dueño del puesto me pareció un tanto agresiva. Comprensible en un dependiente de unos grandes almacenes, pero no tanto en el mercachifle de un puesto callejero. Lo miré de hito en hito y comprobé que vestía chilaba y se cubría con uno de esos gorros blancos que gastan los musulmanes. A diferencia de su acento, que era perfecto, sus rasgos lo delataban como magrebí.

-¿Vendes solo gafas?-le pregunté a falta de nada mejor que decir.

-Solo gafas. ¿Puedo ayudarte? -insistió.

Negué con la cabeza.

-No creo. No buscaba nada. Solo curioseaba.

Y me dispuse a alejarme.

Pero el vendedor no parecía dispuesto a darse por vencido.

-¿Estás seguro de que no buscas nada? La gente siempre anda buscando algo, aunque no lo sepa. Puede que tú no eches nada de menos. Pero estoy seguro de que alguien cercano sí necesita algo de ti. Y yo podría echarte una mano.

Me corregí mentalmente. La técnica de venta de aquel hombre no era agresiva, sino impecable.

-Bueno, a lo mejor unas gafas de sol para mi padre. Mira, por aquí viene, precisamente.

En efecto, mi padre se acercaba seguido por Ringo. No llevaba el batín y el pijama, pero su aspecto general era mucho más descuidado que el del día anterior. Igual que aquella noche en que me oculté para espiarlo, caminaba a cámara lenta y

arrastrando los pies. Entonces me vio, corrigió su postura y se acercó con pasos más enérgicos. El vendedor magrebí se inclinó hacia la mesa en la que exponía su mercancía, rebuscó durante unos segundos y me entregó unas gafas.

-Estas le gustarán.

Eran unos anteojos redondos de montura de alambre con cristales de color naranja. Muy hippies. Muy vintage. Mi padre nunca se pondría aquello. Iba a devolverlas cuando él llegó al puesto y se fijó en ellas.

-Ah, mira, unas gafas como las de John Lennon. Qué gracia.

-¿Te gustan? Para ti. Te las regalo

Para mi asombro, se las puso de inmediato y sonrió como hacía mucho tiempo que no lo hacía.

-Se ve todo de color naranja. El naranja era el color favorito de tu madre. ¿Te acuerdas?

Claro que me acordaba. De hecho, mi madre tenía algún vestido y alguna blusa de ese color. Cuando los llevaba, yo siempre le gastaba la misma broma:

-«Súbame dos bombonas, por favor» -dije convirtiendo mis recuerdos en palabras.

Mi padre y yo rompimos a reír.

Cuando me giré para pagarle las gafas, el vendedor me guiñó un ojo.

Los cambios no se produjeron de inmediato. Si hubiera sido así, tendría que admitir que existe lo sobrenatural, y no estoy dispuesto a ir tan lejos. Pero algo debió de ocurrir

aquel día en que le regalé las gafas. Tal vez que, por primera vez, mi padre fue capaz de recordar a mi madre sin tristeza ni amargura, sino como la persona luminosa que era. De repente, pesaron mucho más sus años de felicidad juntos que ese presente en el que mi padre se sentía atrapado. Y luego estaba John Lennon. Ya lo dije: ellos habían sido fans de los Beatles toda su vida. De hecho, yo me críe con su música de fondo, porque en mi casa siempre había algún disco de los Beatles girando en el plato del tocadiscos. No puedo asegurarlo, pero me jugaría lo que fuera a que aquel domingo los Beatles volvieron a sonar en la casa paterna. Puede que aquel fuera el primer cambio significativo, la primera señal de que las cosas podían ir a mejor.

La siguiente señal tampoco se demoró mucho. Apenas un mes después, mi padre me reveló que había decidido emprender un largo viaje. A Kenia y Tanzania, nada menos. El viaje que mi madre y él siempre habían querido hacer juntos. Me confesó que iba a gastarse en aquello una buena parte de sus ahorros y yo le aseguré que hacía muy bien y me ofrecí a quedarme con Ringo el tiempo que hiciera falta. Verdaderamente, aquella me pareció una de las mejores noticias que podría haberme dado. Mi mujer, en cambio, se echó las manos a la cabeza y afirmó que a mi padre se le aflojaba una tuerca diferente cada día. Incluso sugirió que pidiera su incapacitación por vía judicial. Por esos días el sofá y yo ya éramos buenos amigos, por lo que le volví a dar la respuesta que se merecía.

Mi padre estuvo viviendo su aventura africana durante un mes. Cada día me mandaba fotos por wasap. Imágenes con leones y cebras y jirafas que me hacían sentir envidia y alegría a la vez. Y la cumbre nevada del Kilimanjaro elevándose entre la niebla. Y, lo más inesperado de todo, muchas fotos en las que se le veía en compañía de montones de críos, cuando yo pensaba que había llegado a detestar a los niños durante

sus últimos y traumáticos años en el magisterio. Pero allí estaba, radiante con sus gafas de color naranja, posando en medio de grupos de hasta veinte chavales o jugando con ellos al fútbol.

Cuando regresó me contó tantas historias que parecía que no iba a terminar nunca. Me dijo que había hecho buenas migas con la gente de una ONG de allí, y que la próxima vez no iba a viajar como turista, sino como cooperante. Entretanto, pensaba ofrecerse para dar clases de español en una asociación que acogía a emigrantes. Y así lo ha hecho hasta el día de hoy.

Lo último que quiero decir es que no sé muy bien cómo terminar esta historia. Quizás porque no estoy acostumbrado a las historias que acaban bien. En general, todos nos hemos vuelto cínicos y descreídos. Pero la historia de mi padre acaba bien, es un hecho. O al menos todo va bien en el momento en que la interrumpo. Ringo está viviendo una segunda juventud, y ahora mi padre siempre lo tiene que sacar de paseo con su correa para que no salga corriendo detrás de alguna perrita o de algún balón. En cuanto a mí, he acudido varias veces al mercadillo de los domingos para tratar de localizar al vendedor y comprarle otro par de gafas, pues no me atrevo a pedirle a mi padre prestadas las suyas. Naturalmente, no ha vuelto a aparecer, lo que no me sorprende. Lo de encontrarme con el genio de la lámpara (el djinn, como lo llaman en Las mil y una noches) fue algo totalmente excepcional. Encontrármelo por segunda vez sería un milagro. Y no creo mucho en los milagros.

Lo que sí he descubierto, a pesar de todo mi fatalismo vital de hombre que se aproxima a los cuarenta, es que a veces las cosas mejoran. Creo que también lo dijeron los Beatles.

Mientras encuentro una solución para lo mío, dejaré que sea mi padre quien se preocupe un poco por mí.